

ner el edificio superior, y algunas de las columnas estaban ocultas dentro de un pilar de mampostería, y en todos los intercolumnios existen pilares que fueron construidos con el objeto de sostener la techumbre; algunos de éstos son de época muy remota. Entre las columnas hay dos de muy gran precio, por la materia de que están formadas; una es de coralina y la otra de verde antiguo, de muy bello aspecto. En el fondo de la nave del centro existe un altar debajo de un tabernáculo con dos frontones, sostenido por cuatro columnas de hermoso mármol de Scavezza. Detrás del ábside se encuentran algunas piezas irregulares de construcción antiquísima, en las cuales se han descubierto vestigios de adornos de estuco y una inscripción con el nombre de *Rufinus*.

Es necesario detenerse á examinar los muchos frescos que adornan las paredes y pilastras de las naves de la basílica, porque son muy interesantes, ya bajo el punto de vista del arte, ya bajo el aspecto religioso. Se deja entender que no existe sino una pequeña parte de los muchos que decoraban esta curiosísima iglesia. Es admirable que se conserven todavía algunos, y que haya sido posible hacer aparecer intactos no pocos al desembarazar las paredes de los escombros en que estuvieron sepultadas casi nueve siglos.

Uno de los más notables de estos frescos, es, sin duda, el que representa la Asunción de la Santísima Virgen; testimonio irrecusable de la antigüedad de la creencia en este misterio. La Madre de Dios está elevándose en el espacio, y un grupo de Apóstoles se halla en la parte inferior, en actitud de sorpresa y admiración. La pintura está revelando la decadencia á que había llegado el arte en la época en que fué ejecutada, y se presume ha de haber sido durante el pontificado del Papa San León IV, en el siglo IX. Otro fresco, mucho más antiguo, hace ver á Jesucristo crucificado, teniendo á sus pies á la Virgen desolada, y á San Juan Evangelista. Otros, más antiguos todavía, representan á las Tres Marías en el sepulcro del Salvador, después de la Resurrección; á Jesucristo, sacando del Limbo á nuestros primeros padres Adán y Eva, y las Bodas de Caná.

En las pilastras se encuentran igualmente antiquísimos frescos que pertenecen á distintas épocas, todas anteriores al siglo XI, en el cual, como hemos dicho arriba, quedó arruinado el templo; de los mejor conservados mencionaremos uno, del Salvador, sentado sobre un trono, teniendo á sus lados á los arcángeles San Gabriel y San Miguel, y á los santos Clemente y Nicolás, designados respectivamente con sus nombres; otro, de San Alejo, contiene cuatro grupos que manifiestan otros tantos episodios de la vida de este santo. Es digno de llamar la atención el que representa á San Pedro haciendo subir á San Clemente á la Cátedra Pontifical; le acompañan San Lino y San Cleto, y otros dos sacerdotes. En esta pintura se reconoce un notable adelanto en el arte, y probablemente fué ejecutada poco tiempo antes de la destrucción de la iglesia. En alguna de las pilastras hay un fresco que seguramente fué contemporáneo á la erección del templo; es alusivo á este mismo asunto de la edificación de la basílica, ó acaso al cautiverio del Papa San Clemente, cuando fué condenado á trabajar en las minas. Son muy interesantes para la historia de las lenguas, las inscripciones que tiene á los lados esta pintura, escritas en un idioma que participa del latín y del italiano; en ellas puede estudiarse la formación del italiano, y cómo fué derivándose del latín vulgar. En la misma pilastra hay una pintura de Daniel, cuyo nombre está escrito así: *Daniel*, y caracteriza el estilo amanerado de la infancia del arte cristiano nacido en las Catacumbas, llamando la atención la rigurosa simetría que se nota en la postura de los pies y de las manos, y en la colocación de las fieras; el traje romano del siglo VI que viste al profeta, difícilmente permitiría reconocerle, no obstante su terrible cortejo de leones, si no hubiera tomado el artista la precaución de haber escrito el nombre del personaje que quiso representar.

Entre otras varias pinturas decorativas muy deterioradas, que más ó menos dejan descubrir los asuntos, y confirman hechos importantes de la historia de la Iglesia, que todavía hoy se atreven á negar nuestros incrédulos á la moda, se ven



los restos de un cuadro que representaba la crucifixión de San Pedro. También hay vestigios de otras pinturas que se relacionan con la vida de San Cirilo y con la de San Liber- tino.

Todos los frescos están decorados con marcos que adornan curiosos arabescos de variados dibujos, pero siempre simé- tricos. En algunos marcos hay inscripciones que expresan los nombres de las personas cuya devoción hizo ejecutar las pinturas.

Réstanos visitar la parte del templo que está dividida por el muro de construcción reciente de que hicimos mérito arri- ba. Para ello tenemos que volver al pórtico de los catecú- menos y entrar por la puerta de la derecha. Avanzando por la nave lateral encontramos un nicho adornado con frescos del siglo VII: en el fondo se ve á la Virgen María con el ni- ño Jesús, y á los lados todavía se reconocen las cabezas de las imágenes de Santa Eufemia y Santa Catarina; abajo es- tá representado el sacrificio de Abraham. Inmediatamente después de este nicho, se ve, en la parte alta, un grupo de cabezas, más ó menos bien conservadas, hasta el número de 51, restos de un gran fresco que debió adornar en su mayor extensión la pared. Más adelante está una figura de gran tamaño del Salvador, groseramente pintado, con la mano de- recha levantada en actitud de bendecir, y en la izquierda tie- ne dos libros: le falta la cabeza.

En el fondo de esta nave hay dos escaleras por las cuales se desciende á otras construcciones mucho más antiguas, que han ido descubriéndose y revelan que la basílica primitiva fué erigida sobre los restos de antiquísimos edificios. Vol- teando á la derecha se descubre una gran estancia, en la cual dos muros que forman un ángulo recto, presentan gran- des *blocs* de toba que corresponden á las naves de la basílica antigua y de la iglesia nueva. El edificio de que formaba parte la estancia, según manifiesta su construcción, se re- monta, en opinión de los arqueólogos, á la época de la Re- pública, ó acaso á la de los reyes: unos creen que ha de ha- ber sido la casa de Moneda de Roma; otros opinan que fué

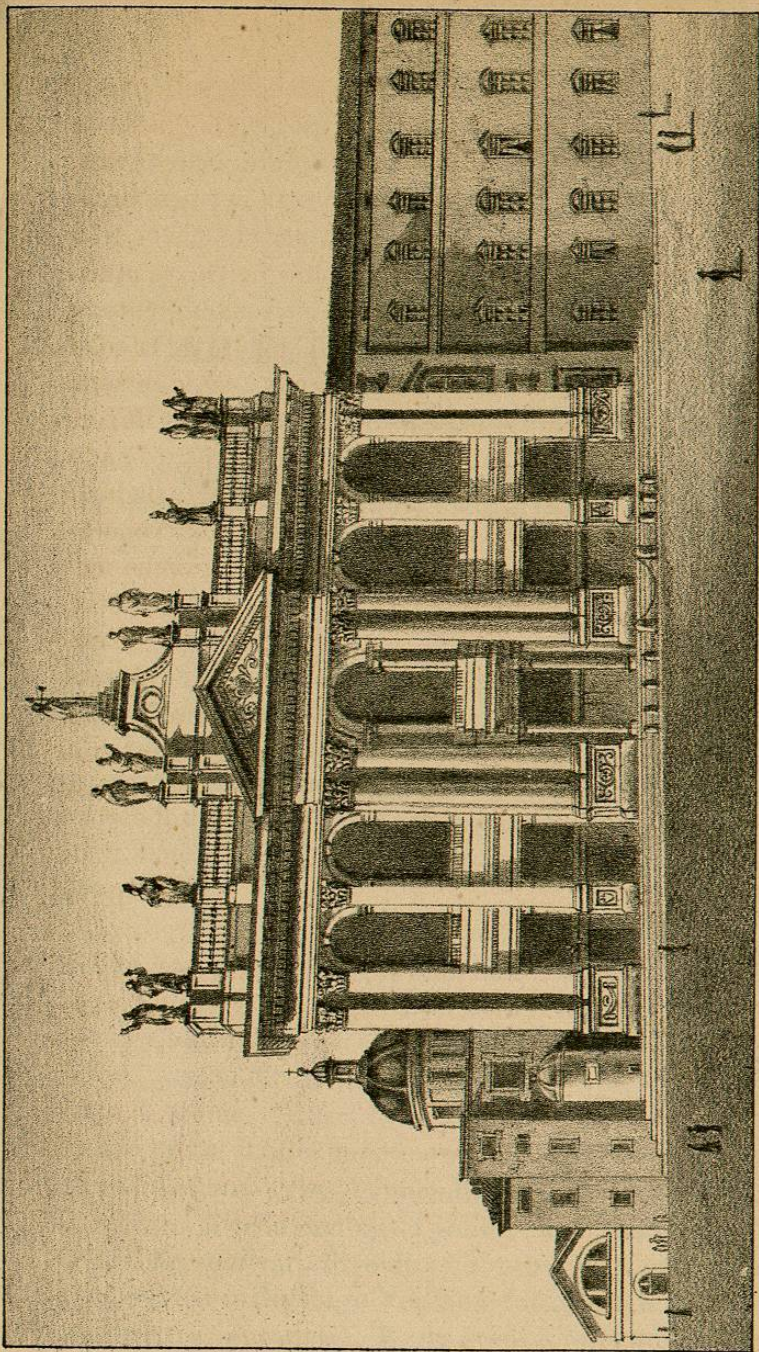
el palacio de Tarquino el Soberbio. Pasando debajo del áb- side de la iglesia se entra en dos cámaras de bóveda, en las cuales todavía se conservan restos de una ornamentación de estuco. Estas construcciones evidentemente son de la época de los emperadores, y formaban parte de una habitación par- ticular, de la que todavía no se descubren las otras piezas. Puede creerse que pertenecieron á la casa de los *Flavii*, es decir, de la imperial familia, de la cual era miembro San Cle- mente, ó á la de un *Rufinus* y una *Lupercilla*, cuyos nombres se hallaron en una inscripción que estaba en el sitio corres- pondiente al fondo del ábside de la basílica. De estas piezas se pasa á un tercer edificio que es considerado como un mo- numento de la mayor importancia. Es un *antro* de *Mithra*, de los mejor conservados que nos quedan de la antigüedad; su forma es la de un cuadrado oblongo, y la bóveda, que imi- ta la de una caverna, tiene once aberturas, unas redondas y otras cuadradas, que debían encerrar un sentido místico; al derredor tiene un *podium* que serviría para los banquetes de las ceremonias de iniciación en los misterios de *Mithra*; en el fondo se ve el altar en el centro, formado de una sola pie- dra en la cual está esculpida la figura del dios. Esta cons- trucción es del tiempo de la decadencia del imperio, á juicio de los arqueólogos.

Por la descripción que acabamos de hacer, se viene en co- nocimiento de cómo ha cambiado en el transcurso de los siglos el suelo de Roma, especialmente en la parte del monte *Ce- lius*, en donde se hallan las construcciones descubiertas de- bajo de la iglesia de San Clemente: estos cambios han pro- ducido una especie de estratificación de monumentos de diversas épocas, fenómeno acaso único en el mundo. En efec- to, se ve allí una edificación del tiempo de la República, y probablemente de más remota antigüedad, de la época de los reyes, en el edificio que se encuentra debajo de las naves de la basílica primitiva; un monumento de la mejor época del imperio, en las dos cámaras adornadas de estuco; una construcción de la decadencia del imperio, en el *antro* de *Mi- thra*; un edificio de los primeros siglos de la Iglesia, en la ba-



sílica, y otro, de los siglos posteriores, sucesivamente reedificado y restaurado hasta los últimos tiempos, en la iglesia de San Clemente. Ahora, si consideramos las pinturas, tenemos, en las del pórtico de la basílica, una muestra del arte antiguo, sin alteración; un monumento de la decadencia en "La Asunción," de la nave principal; en las pinturas de las pilas-tras, los primeros destellos de la aurora del renacimiento; y por último, en la iglesia actual, más de un cuadro de la edad de oro del arte en la Era moderna. Podemos, por lo mismo, declarar que no hay en Roma otro monumento más importante que San Clemente, para la historia del arte, tomada desde una época muy remota. Podemos igualmente deducir que fuera de las Catacumbas, no hay otro sitio más venerable por su antigüedad, y ninguno en que se compruebe mejor más de un hecho importante en la historia de la Iglesia.

Salgamos de aquel antro, y de aquellas cámaras, y de esa basílica, y subamos á la iglesia, y tomemos la ruta directa que conduce á San Juan de Letrán. Vamos á visitar la gran basílica edificada por Constantino, "la cabeza y madre de todas las iglesias de la ciudad y del orbe." *Omnium ecclesiarum urbis et orbis mater et caput.*



LIT. G. MONTAURIOL. MÉXICO.

S. JUAN DE LETRAN.